

EL CANTON MURCIANO.

Diario Oficial de la Federacion.

DOS CUARTOS CADA NUMERO.

EN TODA ESPAÑA.

La protesta de los cadáveres

Hemos resuelto morir y moriremos. No queremos asistir a los funerales de la República.

La muerte no es ya para nosotros sino una transfiguración esplendente. Al morir legaremos a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos un odio profundo, inextinguible é incommensurable, contra la raza de los traidores.

La indiferencia glacial de ciertos pueblos; su lamentable ineptitud para vivir la vida de la libertad, abruma soberanamente nuestra deleznable materia y abrae a nuestra imaginación, hondamente preocupada con la ingratitude de los hombres, cuan inútiles, cuan estériles son a veces las grandes tempestades revolucionarias y regeneradoras, ora para contrarrestar el idiotismo de una gran parte de los pueblos, ora para conjurar las terribles avalanchas que el poder de los déspotas desencadenan periódicamente sobre la conciencia de la humana sociedad.

La degradación y cobardía de esos pueblos, ni se explica, ni se concibe. No las atenúa ni su proverbial servilismo, ni su tradicional imbecilidad.

La raza de los traidores, no se extinguirá nunca de la faz social, mientras haya pueblos cuya bajeza y degradación de carácter, tolere y haga posible la existencia de esa raza maldita.

La impunidad de los crímenes de lesa nación y de lesa humanidad perpetrados por esa turba de salteadores políticos, infunde no sabemos qué género de audacia en el alma de estos miserables. La reerudescencia de esa gran enfermedad social, se explica satisfactoriamente dado el embrutecimiento de los pueblos, y la infame abyección en que los tienen sumidos, de un lado su vergonzosa y habitual apatía en la gestión de la cosa pública, y de otro, su profundo y lamentable desconocimiento acerca de sus derechos y deberes.

Para ciertos pueblos así de Espa-

ña como de Europa. el cura lo es todo, nada la libertad. El fanatismo de esas pobres gentes tiene entumecidos sus miembros, y extraviada de una manera harto dolorosa sus facultades intelectuales.

La palabra de un cura, de esos eternos enemigos del público sosiego, despierta en esos pueblos sometidos a su empozoñado influjo, no sabemos qué clase de valor salvaje. La recompensa de una inmortalidad problemática, produce en ellos un no sé qué de sórdido y de extraño que se parece a una complicidad aceptada en lo grandes infortunios de la patria.

El altar deprime, el púlpito degrada, el confesonario prostituye. La iglesia así antigua como moderna, es como una inmensa losa de plomo que comprime, que tritura, que pulveriza las más generosas palpitaciones de nuestra conciencia, en el sendero del bien universal.

El rebajamiento del ser humano, está en relación directa con el mayor grado de prosperidad teocrática. El convento es sinónimo de pantano. Las profundidades indomables de éstos arrojan sobre la esterilidad de las aguas, algo que simula el vago resplandor de la muerte. Del mismo modo, el interior del convento hace reflejar sobre la conciencia de los pueblos el sombrío y pavoroso destello de la superstición y de la ignorancia.

El fanático en religión, se convierte con frecuencia en bandido.

La religión aun representando un gran fin moral, cruza sin embargo por la mente de los pueblos cual fugaz meteoro. La oscuridad del convento, es tanta, que apenas se distingue la imagen de Dios. Por cima de la sinagoga pagana, por cima del templo romano, solo se percibe la sombría imagen de Diocleciano y la tenebrosa figura de Alejandro VI.

La brillantez de una riquísima vestidura, no resuelve en sí el problema divino. El tañido de la campana podrá ser una señal convenida para una cita dudosa; pero no podrá darnos á conocer el reino de Dios.

Solo Jesús con su humillación, con su dulzura y con su abnegación sublime, puede fundar el imperio de la caridad y del amor. Dotar á cada hombre de su alma igual á la de Jesús, y habréis hallado el paraíso, y resuelto sin necesidad de recurrir á los fusiles, morteros y cañones, la tan suspirada reconciliación entre todas las razas que pueblan el universo mundo.

Cartagena, es una gran excepción en este doloroso descenso intelectual de muchos pueblos así de la península como fuera de ella.

La religión para la mayoría de sus hijos, no es la prescripción higiénica, elevada por la codicia del hombre de solana á la categoría de precepto divino: es simplemente el cumplimiento de una deuda sagrada para con el desamparado, para con el desheredado y para con el afijido. Cartagena, no será ciertamente tan devota como otras ciudades, pero en cambio es inmensamente más cristiana.

El rezo degrada, la caridad enaltece. Bajo de este punto de vista, Cartagena, no tiene rival en el mundo. La hipocresía, la doblez y el fingimiento no se anida en el corazón de sus hijos.

Ahora y después de estas amargas y tristes reflexiones, vamos á contestar á las imprudentes y calumniosas afirmaciones que, con relación á nuestra heroica resistencia, se permite hacer la prensa asalariada ó centralista de Madrid.

Dicen los periódicos vendidos al oro de Castelar, que Cartagena, se hubiera sometido de buen grado á la autoridad soberana de las Cortes, si los forasteros que en ella pululan no se opusieran ora, valiéndose de la súplica, ora de la amenaza, ú ora del soborno.

Semejante impostura, tan átroz calumnia, sólo es digna de los que al aplaudir la traidora marcha política de Castelar, defienden los intereses de la restauración borbónica. Los malvados que se han arrastrado miserablemente ante los gabinetes de las cortes extranjeras, y se han

arrastrado en demanda de una vergonzosa y humillante intervención en nuestros asuntos interiores, no tienen autoridad bastante ni aun para abrogarse la facultad de mentir.

Aquí, señores periodistas, nadie piensa en reconocer la autoridad del gobierno centralista, sino en combatirlo á muerte. Por lo demás, la grandezade este pueblo, sureconocida á lavez é independencia, no permitirá nunca estrañas imposiciones.

En esta no hay más que un solo pensamiento, una sola voluntad común, la de guerra al gobierno usurpador de Madrid! guerra á la mayoría de las Constituyentes!

El instinto de solidaridad que en tan alto grado posee este pueblo gigante, echa por tierra las gratuitas y malévolas insinuaciones de la prensa enemiga, y arroja un solemne mentis, sobre la frente impura de los cipayos de Castelar, de los renegados de Maissonave y de los polizontes de Prefumo.

Ademas señores centralistas, los fuertes todos de la plaza están cuidadosamente vigilados por los hijos de Cartagena y no hay uno solo entre ellos, que esté dispuesto á reconocer como no sea á cañonazos, á los que han traicionado á su partido y vendido á la república.

Cartagena, no olvidará nunca lo que se debe á sí misma y lo que se debe á los demas pueblos libres de la tierra.

En cuanto á que pensamos entregar la plaza y nuestras naves á los carlistas, es una calumnia tan baja, tan infame y tan rastrera como la que acabamos de refutar.

Mucho odiamos á los centralistas pero más, inmensamente más, á esa raza espúrea que en pleno siglo XIX pretende nada menos que restaurar el altar y el trono.

Jamás ténganlo así entendido los centralistas, jamás cometerán los federales de esta invicta ciudad tamaño crimen.

Desengañense nuestros enemigos, la decencia, la dignidad, la honradez y la probidad, hay que buscarla necesariamente entre los cantonalis-

